Mitos de creación



Circulación libre

libro al viento



Una campaña de fomento
a la lectura de la secretaría
de cultura, recreación y deporte
y el instituto distrital
de las artes – idartes




LIBRO AL VIENTO UNIVERSAL

Mitos de creación

Selección de
Julio Paredes Castro



ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ
Claudia Nayibe López Hernández, Alcaldesa Mayor de Bogotá

Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte
Nicolás Francisco Montero Domínguez, Secretario de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES
Catalina Valencia Tobón, Directora General
Paula Cecilia Villegas Hincapié, Subdirectora de las Artes
Mauricio Galeano Vargas, Subdirector de Equipamientos Culturales
Leyla Castillo Ballén, Subdirectora de Formación Artística
Adriana María Cruz Rivera, Subdirectora Administrativa y Financiera
Adriana Martínez–Villalba García, Gerente de Literatura
Carlos Ramírez Pérez, Olga Lucía Forero Rojas, Ricardo Ruiz Roa, María Camila Jaramillo Laverde, María Eugenia Montes Zuluaga, Yenny Mireya Benavídez Martínez, Miguel Giovanni Rey Quintero.
Equipo del Área de Literatura

Mitos de creación

Primera edición: Bogotá, Fundación Gilberto Alzate Avendaño, 2008
© De esta, segunda edición: Bogotá, Instituto Distrital de las Artes – idartes, 2015
Carrera 9 No. 8-30 – www.idartes.gov.co

isbn 978-958-5595-52-1

Ilustración de carátula: Ángela Farías.

Selección de textos: Julio Paredes Castro
Cuidado de esta edición + diseño + diagramación: Óscar Pinto Siabatto

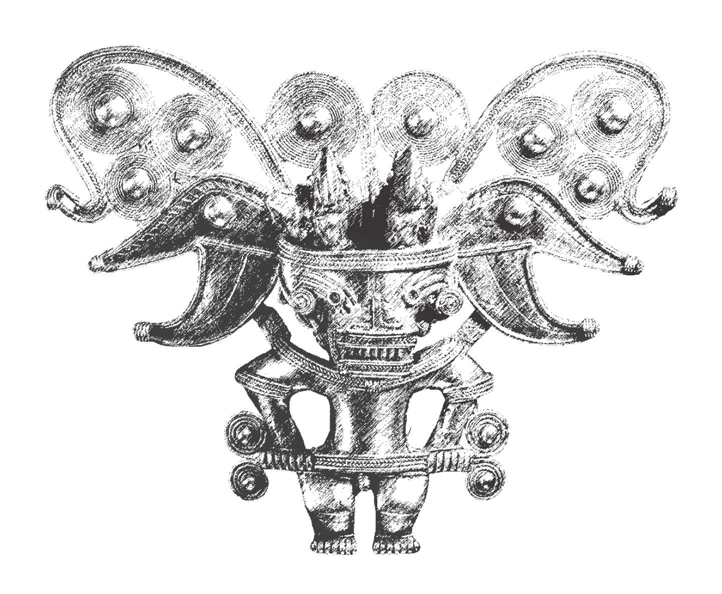
Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida, parcial o totalmente, por ningún medio de reproducción, sin consentimiento escrito del editor.

Impreso en Bogotá, Colombia, por Nomos Impresores
Diagonal 18 bis No. 41-17, Bogotá

Edición especial para el Ministerio de Educación Nacional,
Plan Nacional de Lectura y Escritura Leer es mi Cuento, 2015.

Gerencia de Literatura Idartes
Carrera 8 n.º 15-46
Bogotá D. C.
Teléfono: 3795750
www.idartes.gov.co
contactenos@idartes.gov.co
@LibroAlViento @Libro_Al_Viento

Contenido



Introducción

El padre español y misionero jesuita José de Acosta (1540-1600) afirmaba en uno de los capítulos de su crónica titulada *Historia natural y moral de Las Indias*, publicada en 1590, que «saber lo que los mismos indios suelen contar de sus principios y origen, no es cosa que importe mucho; pues más parecen sueños los que refieren, que historias. Hay entre ellos comúnmente gran noticia y mucha plática del Diluvio; pero no se puede bien determinar si el diluvio que estos refieren, es el universal que cuenta la Divina Escritura, o si fue alguno otro diluvio o inundación particular de las regiones que ellos moran...». Más adelante agrega que todo lo que cuentan los indios «va lleno de mentira y ajeno de razón... y que todo lo de antes es pura confusión y tinieblas, sin poderse hallar cosa cierta...».

Evidentemente, las conclusiones del padre Acosta reflejaban la desconfianza de quienes encontraban

valor y verdad sólo en la tradición escrita y, en consecuencia, no le adjudicaban credibilidad a la tradición oral de los pueblos prehispánicos, por más ancestral que fuera. Además, y por razones también obvias, la desconfianza de quienes se encontraron con las culturas y los pobladores nativos de estos territorios venía acompañada, y fortalecida, por la campaña evangelizadora de los misioneros cristianos. Así, todo relato que no coincidiera con lo que estaba escrito en la Biblia –específicamente las explicaciones sobre el origen y la creación del hombre y del universo– era falso, una invención oscura, imprecisa, nacida de la ignorancia y de la ausencia del concepto de fe de la religión cristiana occidental.

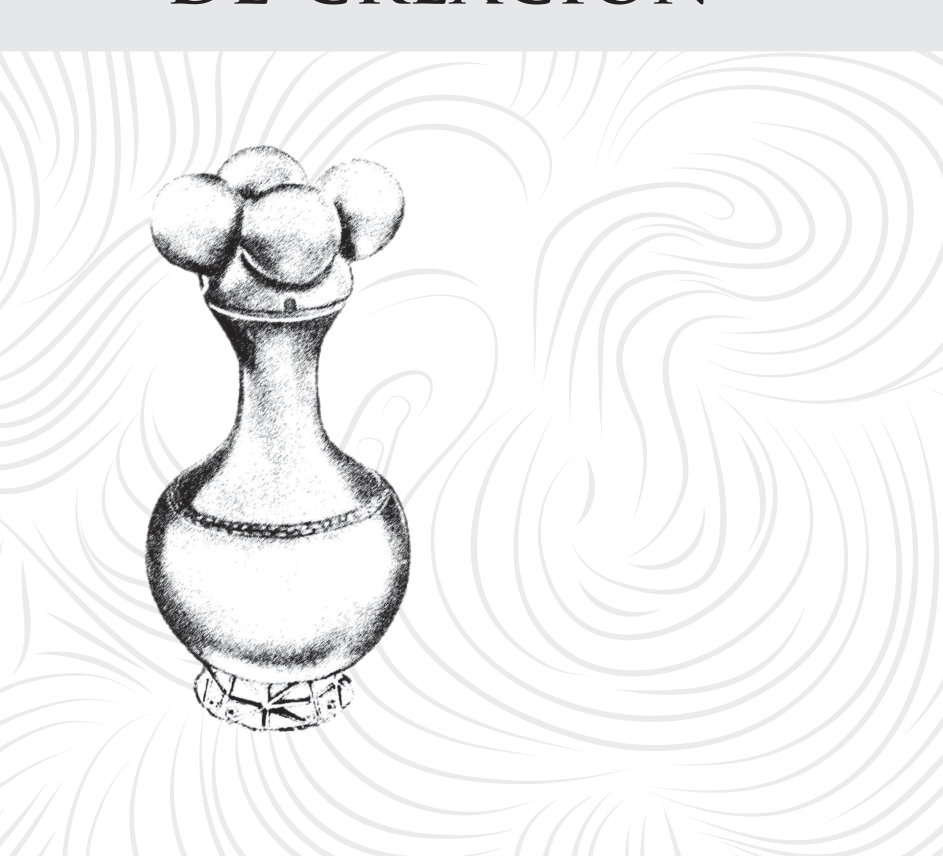
Aunque se trata de una convicción relativamente reciente, ya es un hecho irrefutable que las culturas prehispánicas contaron y cuentan con un patrimonio oral y escrito de gran complejidad y belleza. Baste mencionar, por ejemplo, los textos de los códices de la literatura náhuatl, con sus cantos guerreros, sus cantos de flores y sus cantos a los dioses; o los libros mayas como el *Chilam Balam* y el *Popol Vuh*, donde se representan, bajo recursos simbólicos y verdaderamente literarios, distintos hechos mitológicos, así como se narra la creación del universo y los numerosos intentos de creación del hombre por parte de los dioses, entre muchas otras cosas.

De igual manera, los pueblos nativos del territorio que hoy ocupa Colombia han contado y cuentan con su propia representación de los mitos universales –como los mitos relacionados con el sol, la cosmogonía y la creación–, que además los emparentan con las culturas vecinas de los aztecas, los mayas y los incas; así como también la representación local de mitos cotidianos que, por medio de una expresión oral propia, explican el origen de sus territorios, costumbres y tradiciones.

La presente colección que se ofrece al lector de Libro al Viento agrupa diferentes versiones de mitos de la tradición oral, tanto de creación cosmogónica como de costumbres y formas de vida, de varios pueblos prehispánicos colombianos, a partir de material recogido por el Instituto Colombiano de Antropología e Historia y por investigadores como Gerardo Reichel-Dolmatoff (1912-1994). Se combinan mitos sobre el Diluvio, la creación del universo y el hombre, algunos de culturas ya desaparecidas, como los muiscas, y otros relatos que aún guían su vida cotidiana (como los del origen de las frutas), bajo los mismos mandatos y creencias de sus nobles antepasados.



Mitos de creación





Catíos

El dios preexistente Tatzitzetze o Dachisese, quien hizo brotar a Caragabí de su saliva, creó ocho mundos: cuatro superiores y cuatro inferiores. Nuestro mundo, que es el mundo del dios Caragabí, es el más bajo de los cuatro mundos superiores y encima de él está el firmamento, cóncavo como un plato, adornado por Caragabí con el sol, la luna y las estrellas. Sobre el firmamento está Ntré, el cielo de Caragabí, que ahora lo vemos muy alto. Después, hacia arriba, siguen los otros tres mundos superiores.

Aunque el mundo de Caragabí era muy hermoso, tenía un defecto: le faltaba el agua. El mismo dios Caragabí sentía mucha necesidad de este elemento. Soñó tres veces que había agua en el mundo, pero ignoraba el punto fijo donde se encontraba. Caragabí tenía una paloma que andaba en busca de agua para su dueño, hasta que al fin la consiguió, pero no estaba en este mundo, sino en otro, cuyo rey se llamaba Orré.

Entonces, Caragabí soñó una vez más que había agua en su mundo.

Después de este segundo sueño, Caragabí ordenó a un domineju (o pájaro mosca) que descubriera el lugar donde estaba del agua. Un día, el pájaro domineju vio dentro de la concavidad de una peña a Getzerá bañándose.

Aquella inmensa concavidad hermética cerrada con una puerta de piedra estaba llena de agua cristalina y surcaban por sus ondas vistosísimos peces con que se alimentaba Getzerá. Caragabí soñó, o mejor dicho le mostraron en sueños, que Getzerá era una mujer mezquina y miserable que se negaría a prestarle agua.

Efectivamente, Caragabí se presentó a las puertas de la piedra encantada pidiendo agua, pero Getzerá no se dignó a abrirle la puerta ni a contestarle. Por tres veces Caragabí repitió la súplica y Getzerá le contestó siempre con el silencio.

Indignado, Caragabí derribó la puerta misteriosa y arrojó de su palacio de agua a Gentzerá, quien salió llorando. Como castigo por su mezquindad, Caragabí dividió en dos partes desde la cintura a Getzerá, pero ella no murió por eso, sino que se convirtió en una hormiga negra y grande que carga agua en la boca.

También se cuenta que el agua se encontraba en la concavidad de un enorme árbol sagrado llamado

Genené. En este relato, Caragabí entendió que era necesario derribar aquel árbol para llevar agua a su mundo.

Caragabí, junto con toda su gente, construyeron unas hachas de piedra y se dirigieron a derribar el Genené, pero les llegó la noche y no habían logrado tumbar el árbol. Volvieron al día siguiente y encontraron que el misterioso árbol no mostraba ninguna señal de los hachazos del día anterior.

Sin embargo, animados por el deseo del agua, comenzaron de nuevo a intentar derribarlo. Al llegar de nuevo la noche todavía les faltaba mucho para acabar de cortar el Genené, pero entonces Caragabí, frotando sus manos, produjo una luz clarísima que iluminó todo el alrededor del árbol de tal forma que pudieron trabajar toda la noche.

Finalmente, al tercer día, como a mitad de la mañana, pudieron cortar todo el árbol.

Pero aún así no habían terminado las dificultades. Caragabí se vio en otro conflicto. El árbol Genené quedó enredado en unos bejucos que impidieron cayera a tierra y fertilizara con sus aguas el mundo de Caragabí. Entonces llamó a varios animalitos, que aún eran seres racionales, para que se encaramaran por las ramas del Genené y cortaran los bejucos que impedían la caída del árbol. Todos los animales subieron al árbol con una fruta en la boca, pues el que

pudiera caer al suelo antes que la fruta sería el poderoso capaz de tumbar definitivamente el gigantesco árbol.

El primero que subió fue un mico llamado Yerré, pero no pudo. Después subió el mono llamado Zrúa, que tampoco obtuvo resultado. Después subió una ardilla, llamada Chidima, que desenredó las ramas del Genené y, como era un animalito tan minúsculo, cayó al tiempo con la fruta que llevaba y con el árbol que contenía la tan codiciada agua.

Cuando salieron las aguas del Genené toda la tierra se inundó y sus ondas arrastraron a todos los seres vivientes, menos a Caragabí y a diez personas más que se encontraban en una peña elevada donde no los alcanzaban las aguas. La inundación duró un año completo, después del cual Caragabí le ordenó a una garza que averiguara si había quedado algún lugar bueno para vivir.

La garza encontró y comió mucho pescado y no volvió. Caragabí mandó entonces a un gallinazo, pero éste tampoco volvió, pues se había quedado comiendo los pescados muertos. En tercer lugar envió a un *patogujo* (pato de monte), pero este también se entretuvo comiendo un pescado *guacuco* y no se acordó de cumplir con la orden que le había dado Caragabí.

Sintiéndose burlado por aquellos mensajeros desobedientes, el dios Caragabí escupió dos veces al

suelo y cubrió la saliva con un totumo que se convirtió enseguida en una paloma blanquísima, y esta fue la mensajera que le llevó a Caragabí las noticias de lo que habían hecho los otros mensajeros y le mostró el lugar donde podían vivir él y los otros supervivientes del diluvio. De inmediato, Caragabí y las otras diez personas abandonaron la peña y se fueron al lugar donde les indicó la paloma. Así, de la inmensa concavidad del árbol Genené nació el mar, de sus ramas nacieron los ríos, de sus brotes nacieron los riachuelos que corren por las quebradas y de estas nacieron los charcos.

En cuanto al infierno, se cuenta que Caragabí sorprendió un día al demonio Antomiá haciendo más demonios y le preguntó qué era lo que hacía. Antomiá no quiso contestarle. Caragabí le preguntó de nuevo y esta vez Antomiá le respondió enfadado: «estoy haciendo *usá*» (perros). Entonces, Caragabí le contestó: «pues que sean *usá*». Y los demonios creados por Antomiá quedaron convertidos en perros, que fueron vencidos por el dios Caragabí y arrojados con su amo Antomiá a los infiernos, al Edaa, que está en las entrañas de la Tierra.

En cuanto al cielo, se cuenta que en una época remota los catíos iban al cielo como si se tratara de su propia casa. Podían subir a conversar con Caragabí cada vez que así lo desearan y allí escuchaban los

cánticos y la música que se entonaba en las alturas, en el árbol Ntré. Un árbol sagrado, como el mismo Genené, el árbol proveedor de toda el agua.

También se cuenta que la única que conocía el secreto del fuego era la iguana Himo, pero esta no lo compartía con nadie. Los indios entonces tenían que cocinar y calentar los alimentos al sol, pero no quedaban bien preparados, y por la noche dormían atemorizados y sentían mucho frío, pues no tenían con qué calentarse.

Cuentan que un día Carabagí salió a pescar y se encontró con Himo, que estaba asando un rico pescado. Himo invitó a comer a Carabagí y él quedó maravillado con el sabor de la comida. Pero cuando terminaron, Himo apagó el fuego y desapareció rápidamente. Carabagí volvió al poblado y relató a los demás lo que le había sucedido.

—¡Hay que capturar a la iguana Himo para que nos muestre el secreto del fuego! –exclamó entonces Carabagí.

Pero Himo no volvió a aparecer por ningún lado. Entonces un día Carabagí, que todos los días salía a buscarla, olió el sabroso aroma del pescado asado y, guiándose por él, logró llegar a la cueva de la iguana. La entrada era muy pequeña. Pero Carabagí, que podía transformarse en cualquier cosa que quisiera, se volvió iguana y se metió en la cueva. Aunque

la entrada era pequeñita, el interior era gigantesco. Carabagí se sorprendió al ver que había miles y miles de palitos encendidos y repartidos por toda la cueva. «Con razón nunca se le acaba el fuego a la iguana Himo», pensó Carabagí.

Al ver a su hermano, Himo lo invitó a comer pescado asado. Carabagí comió y cuando estuvo satisfecho le dijo a Himo que le obsequiara un palito encendido para llevar a su propia cueva. Himo, que no sospechaba nada, le entregó varios palitos y Carabagí salió rápidamente para su casa. Desde ese día los hombres tienen fuego y la iguana sigue creyendo que sólo ella puede comer pescado asado.

Guambianos

Primero era la tierra y eran las lagunas, grandes lagunas. La mayor de todas las lagunas se llamaba Nupisu, Piendamó, y se encontraba en el centro de la sabana, del páramo, como una matriz, como un corazón; era Nupirrapu, que es un hueco muy profundo.

El agua es vida. Primero eran la tierra y el agua. El agua no es buena ni es mala. De ella resultan cosas buenas y cosas malas. Allá, en las alturas, era el agua. Llovía intensamente, con aguaceros, borrascas, tempestades. Los ríos venían grandes, con inmensos derrumbes que arrastraban las montañas y traían piedras como casas. Venían grandes crecientes e inundaciones. Esta era el agua mala.

En ese tiempo, estas profundas *guaicadas* (aberturas entre dos montañas) y estas peñas no eran así; todo era pura montaña, pero esos ríos las hicieron cuando corrieron hasta formar el mar.

El agua es vida. Nace en las cabeceras y baja en los ríos hasta el mar. Y se devuelve, pero no por los mismos ríos sino por el aire, por la nube. Sube por las *guaicadas* y por los filos de las montañas, alcanza hasta el páramo, hasta las sabanas, y cae otra vez como la lluvia. Cae el agua que es buena y es mala.

Allá arriba, como la tierra y el agua, estaba él-ella, el *Pishimisak* y el *Kallim*.

Es el mismo *Pishimisak*, a la vez masculino y femenino, que también ha existido desde siempre, todo blanco, todo bueno, todo fresco. Del agua nació *kosrompoto*, el arcoíris que iluminaba todo con su luz; allí brillaba y el *Pishimisak* lo veía alumbrar.

Dieron mucho fruto, dieron mucha vida. El agua estaba arriba, en el páramo, y abajo, donde no había agua, se secaban las plantas, se caían las flores, morían los animales. Cuando bajó el agua, todo creció y floreció, retoñó toda la hierba y hubo alimentos aquí abajo. Era el agua buena.

Antes, en las sabanas del páramo, el *Pishimisak* tenía todas las comidas, todos los alimentos. Él-ella es el dueño de todo. Ya estaba allí cuando se produjeron los derrumbes que arrastraron las gigantescas piedras y formaron las *guaicadas*. Pero hubo otros derrumbes. A veces el agua no nacía en las lagunas para correr hacia el mar, sino que se filtraba en la tierra, la removía, la aflojaba y entonces caían los

derrumbes. Estos se desprendieron desde muchos siglos adelante, dejando grandes heridas en las montañas. De ellos salieron los humanos que eran la raíz de los nativos. Al derrumbe le decían *pirran uno*, es decir, parir el agua. A los humanos que allí nacieron los nombraron los *Pishau*.

Los *Pishau* vinieron en los derrumbes, llegaron en las crecientes de los ríos. Venían arrastrándose y golpeando las grandes piedras por debajo del agua y encima de ellas venía el barro, la tierra, luego el agua sucia; en la superficie venía la palizada, las ramas, las hojas, los árboles arrancados y, encima de todo, venían los niños, chumbados.

Los primeros humanos nacieron del agua, venidos en los *shau*, en los restos de vegetación que arrastra la creciente. Son nativos de aquí de siglos y siglos. En donde salía el derrumbe, en la gran herida de la tierra, quedaba olor a sangre; es la sangre regada por la naturaleza, así como una mujer riega la sangre al dar a luz a un niño.

Los *Pishau* no eran otras gentes, eran los mismos guambianos, gigantes muy sabios que comían sal de aquí, de nuestros propios salados, y no eran bautizados.

Ellos ocuparon todo nuestro territorio, ellos construyeron todo nuestro *nupirau* antes de llegar los españoles. Era grande nuestra tierra y muy rica.

En ella teníamos minas de minerales muy valiosos, como el oro que se encontraba en Chisquío, en San José y en Corrales, también maderas finas, peces, animales del monte y muchos otros recursos que sabíamos utilizar con nuestro trabajo para vivir bien.

Kogis

Primero estaba el mar. Todo estaba oscuro. No había sol, ni luna, ni gente, ni animales, ni plantas. Solo el mar estaba en todas partes. El mar era la madre. Ella era agua y agua por todas partes, y ella era río, laguna, quebrada y mar, y así ella estaba en todas partes. Así, primero sólo estaba la madre. Se llamaba Gaulchováng.

La madre no era gente, ni nada, ni cosa alguna. Ella era Aluna. Ella era espíritu de lo que iba a venir y ella era pensamiento y memoria. Así, la madre existió sólo en Aluna, en el mundo más abajo, en la última profundidad, sola.

Entonces, cuando existió así la madre, se formaron arriba las tierras, los mundos, hasta arriba donde está hoy nuestro mundo. Eran nueve mundos y se formaron así: primero estaba la madre y el agua y la noche. No había amanecido aún. La madre se llamaba entonces Se-ne-nu-láng; también existía un

padre que se llamaba Katakéne-ne-nuláng. Ellos tenían un hijo que se llamaba Búnkua-sé. Pero ellos no eran gente, ni nada, ni cosa alguna. Ellos eran Aluna. Eran espíritu y pensamiento. Eso fue el primer puesto y el primer estante.

Entonces se formó otro mundo más arriba; el segundo mundo. Entonces existía un padre que era tigre. Pero no era tigre como animal, sino era tigre en Aluna.

Entonces se formó otro mundo más arriba, el tercer mundo. Ya empezó a haber gente. Pero no tenían huesos, ni fuerza. Eran como gusanos y lombrices. Nacieron de la madre.

Entonces se formó el cuarto mundo. Su madre se llamaba Sáyagaueya-yumang y había otra madre que se llamaba Disi-se-yun-taná y había un padre que se llamaba Sai-taná. Este padre fue el primero que sabía ya cómo iba a ser la gente de nuestro mundo y fue el primero que sabía que iban a tener cuerpo, piernas, brazos y cabezas. Con él estaba la madre Auine-nuláng.

Entonces se formó otro mundo y en este mundo estaba la madre Enkuáne-ne-nuláng. Entonces no había casas todavía, pero ahora se formó la primera casa, no con palos ni bejucos y paja, sino en Aluna, en el espíritu, no más. Entonces ya existía Kashindúkua, Noána-sé y Námaku. Entonces ya había

gente pero aún le faltaban las orejas, los ojos y las narices. Sólo tenían pies. Entonces la madre mandó que hablaran. Fue la primera vez que la gente habló, pero como no tenían lenguaje todavía iban y decían: «sai-sai-sai», («noche-noche-noche»). Ya había cinco mundos.

Entonces se formó el sexto mundo, el sexto puesto. Su madre era Bunkuáne-ne-nuláng; su padre era Sai-chaká. Ellos ya iban formando un cuerpo entero con brazos, pies y cabeza. Entonces empezaron a nacer los dueños del mundo. Eran primero dos: el Búnkua-sé Azul y el Búnkua-sé Negro. Sé dividió el mundo en dos partes, en dos lados: el Azul y el Negro, y en cada uno había nueve Búnkua-sé. Los del Lado Izquierdo eran todos azules y los del Lado Derecho eran todos negros.

Entonces se formó el séptimo mundo y su madre era Ahún-yiká. Entonces el cuerpo aún no tenía sangre, pero ahora empezó a formarse sangre. Nacieron más gusanos, sin huesos y sin fuerza. Ya vivió todo lo que iba a vivir luego en nuestro mundo.

Entonces se formó el octavo mundo y su madre se llamaba Ken-yajé. Su padre era Ahuínakatana. Entonces nacieron los padres y dueños del mundo. Eran treinta seis padres y dueños del mundo; eran cuatro veces nueve padres y dueños del mundo. Así nacieron: Seihukúkui, Seyánkua, Sintána, Kimáku,

Kuncha-vitauéya, Aldauhuíku, Akíndue, Jantána y Duesángui. Ellos fueron los primeros nueve padres del mundo. Pero cuando se formó este mundo, lo que iba a vivir luego, no estaba aún completo. Pero ya casi. Entonces había aún agua en todos partes. Aún no había amanecido.

Entonces se formó el noveno mundo. Había entonces nueve Búnkua-sé Blancos. Entonces los padres del mundo encontraron un árbol grande y en el cielo sobre el mar, sobre el agua, hicieron una casa grande. La hicieron de madera y de paja y de bejuco, bien hecha, grande y fuerte, como una cansamaría grande. A esta casa la llamaban Alnáua. Pero no había tierra aún. Aún no había amanecido.

Así fue todo eso. Así fue como nació Sintána y Sintána nació así, la madre se arrancó un pelo de debajo de su cuerpo y lo untó con la sangre de su mes. Así formó al primer hombre. Soplando le dio vida. Cuatro veces formó al hombre. Pero el primer hombre estaba sin huesos, el segundo sin cuerpo, el tercero sin fuerza. Pero el cuarto hombre era un hombre como son hoy los hombres.

Así fue todo eso. Así nació. Primero nació el dedo grande de su pie, luego su pie, luego su pantorrilla, luego su rodilla, luego su muslo, luego el tronco, los brazos y por fin la cabeza. Pero no tenía lengua aún y no podía hablar. Entonces la Madre le

formó la lengua. Así nació el primer hombre. La madre lo bautizó y lo llamó Sintána.

En medio del mar había una casa pequeña. Se llamaba Nyídulúma «Espuma de Agua». En esta casa nació Sintána. Sintána nació en el mar. Nació en la Casa de Espuma, en la oscuridad, en el agua. Tenía miedo al nacer. No había tierra aún, ni gente, ni animales, ni plantas, ni comida. No había sol ni luna. Todo estaba oscuro.

Cuando nació Sintána la madre no tenía marido, era un bastón de madera y con este ella se hacía la cosa. Un día la madre resultó gorda y nueve meses después parió nueve hijos. Así nacieron los padres y dueños del mundo, de la madre. Así nacieron Sintána, Seihukúkui, Seyánkua, Kímaku, Kunchavitauéya, Aldauhuíku, Jantána y Duesángui.

La madre parecía entonces como un hombre. Tenía barba y bigote y llevaba mochilas y poporo, como los hombres. Ella ordenó a sus hijos hacer oficios de mujer, como traer agua, cocinar y lavar ropa. Eso no estaba bien. Así los hijos no la respetaban. Se burlaban de ella. Pero un día, la madre entregó sus poporos y sus mochilas a sus hijos y también bigote y barba. Se puso a traer agua ella misma, a cocinar y a lavar ropa. Así estaba bien. Así sus hijos la respetaban.

Entonces aún no había mujeres. Los hijos de la madre no tenían mujeres y cada uno estaba casado

con una cosa: el uno con la olla, el otro con el telar, el otro con la piedra de moler. Ellos no sabían qué era mujer. Molían tierra y pensaban que era mujer.

Entonces, después de nueve meses, la madre parió otra vez. Así fue todo eso. Sintána cogió el palito de su poporo y puso en el ombligo de la madre un pelo, una uña de ella y una piedra chiquita, llamada Kággaba-kuítsi y empujando con el palito de poporo los hizo entrar en el cuerpo de la madre. Así, la madre parió nueve hijas. Así nacieron Nabobá, Séi-nake, Hul-dáke, Shivaldungáxa, Nunkalyi, Nábia, Lumíntia, Hélbyel-dake y Kalbexa. Así la madre tuvo nueve hijas, las nueve tierras. Así nació la Tierra Blanca, la Tierra Roja, la Tierra Amarilla, la Tierra Azul, la Tierra Arenosa, la Tierra Quemada, la Tierra como Ceniza, la Tierra Rocosa y la Tierra Negra.

Cuando nacieron los padres del mundo, ellos empezaron a sacar la tierra. Empujaron el mar más allá e hicieron zanjas para secar el piso y canoas para navegar por el agua. La madre bebió las mitas del mar. Montañas se formaban de la tierra y el agua se retiró.

Cuando los padres del mundo hicieron la casa en el cielo, se reunieron y bailaron y cantaron y decidieron hacer la tierra. Sintána dijo a la madre: «Madre, dame mujer; dame una de tus hijas como

mujer». Entonces la madre le dio la Tierra Blanca; era como ceniza y no servía. Entonces Sintána pidió otra vez y la madre le dio la Tierra Quemada. Pero esta tampoco servía y era seca y dura. Entonces Sintána pidió otra tierra y la madre le dio la Tierra Azul. Pero esta tierra era como almidón, tampoco servía. Sintána pidió otra vez y la madre le dio la Tierra Arenosa, pero ella era como la orilla del mar y no servía tampoco. Entonces Sintána pidió de nuevo otra tierra y la madre le dio la Tierra Amarilla. Pero esta tierra era como barro para hacer ollas y tampoco servía. Sintána dijo: «Madre, dame buenas tierras, dame una de tus hijas». Pero la madre dijo: «No tengo más hijas». Pero no era verdad. Detrás de siete puertas, en el último cuarto de siete cuartos, estaba la Tierra Negra encerrada. Era la mejor, la más bonita, era buena tierra de siembra. Seyánkua se puso a bailar para que le dieran otra tierra nueva; Sintána pidió otra tierra nueva. Pero la madre dijo: «No tengo más hijas».

Entonces los nueve padres del mundo se pusieron a adivinar y vieron que la madre tenía todavía la Tierra Negra encerrada detrás de siete puertas. También adivinaron que Sintána podía sacarla. Entonces los padres se pararon en las cuatro esquinas del mundo, en su casa en el cielo, y Sintána se paró en la mitad y empezó a bailar. Los Kúrcha tocaron trompeta. Entonces Sintána empezó a cantar, «inda-u-o,

ahora voy a tener aquí mi cansamaría». Así cantó. Cuando cantó así, la Tierra Negra se levantó al oír el canto. Sintána cantó para llamarla: «Ahía-hé-hé-hé». Cuando Sintána cantó así, la Tierra Negra salió. Sintána la cogió, se fueron.

Cuando la madre se dio cuenta de que la Tierra Negra se había ido fue a quejarse donde Jalyintána. Jalyintána mandó a su Cabo para perseguir a los dos. El Cabo era el lagarto. Subió a una loma y se puso las manos en las caderas y cantó: «heye-hé-hé-hé». Pero Sintána y la Tierra Negra ya estaban lejos.

Así, Sintána se fue con Sei-nake, la hija más joven de la madre. En todas partes donde ella pisaba se formaba tierra negra. Pero la misma madre denunció a su hijo, aunque también tenía lástima de él. Por eso, la madre dio a Sintána un mapa de la tierra para que no se perdiera. Cada vez cuando venía el Cabo de Jalyintána por un camino, Sintána iba por otro camino. Así la madre lo denunció, pero al mismo tiempo lo defendió. Se fue donde Búnkua-sé y dijo: «¿Qué hago para que no cojan a mi hijo?». Entonces Búnkua-sé dio a Sintána otro mapa más grande para que no se perdiera. Pero el Cabo de Jalyintána iba buscando en todas partes y por fin casi cogió a Sintána. Entonces Sejánkua fue corriendo y metió a Sintána en su poporo y se lo puso en la mochila. Entonces vino el Cabo y preguntó: «¿Tú has visto a

Sintána?», «No lo vi», dijo Sejánkua. «¿No lo tienes allí en tu mochila?», preguntó el Cabo. «No, no lo tengo», contestó Sejánkua. Entonces Jalyintána se puso a adivinar y adivinó que Sejánkua lo tenía en su poporo. Búnkua-sé supo de esto y fue a avisar a Sejánkua y dijo: «Sácalo de tu poporo y ponlo en la mitad de tu pecho, en tu corazón». Así hizo Sejánkua y así salvaron de nuevo a Sintána.

Entonces Kuncha-vitauéya se fue también y dijo que iba a buscar a Sintána. Así, todos los padres trabajaron y lucharon para salvar a Sintána y a la Tierra Negra. Fue una lucha muy grande. Otra vez los padres encontraron al Cabo de Jalyintána y este pregunto por Sintána. «Por allá lo vimos», dijeron los padres. El Cabo se fue, pero no encontró nada. Entonces también Kashindúkua, Noána-sé y Gauljabéin dijeron que iban a buscar a Sintána. En estos tiempos la tierra no estaba dura aún y era como barro y se movía donde uno pisaba. Ellos hicieron todo eso para endurecer la tierra.

Ya iban muchos buscando a Sintána y Sei-nake. Seihukúkui iba adelante y cantó, pero no tenía lenguaje aún, cantó en otra lengua. Sejánkua iba atrás y en medio iba Sintána. Kuncha-vitauéya iba solo, tocando corneta. Así iban hasta que llegaron al Fin del Mundo. Kuncha-vitauéya hizo una canoa y todos se embarcaron. Entonces vino el Cabo de Jalyintána y

preguntó: «¿Es este Sintána?», pero los otros dijeron: «No, este no es». Por fin salieron y entonces la canoa se volvió el padre de las enfermedades. Por eso cuando uno está enfermo, uno se siente como mareado en canoa. Entonces, cuando los padres salieron de nuevo a la tierra dijeron: «¿Cómo vamos a llamar a este lugar?», y lo llamaron Sangaradó. Y todos dijeron: «Ese será el padre de las enfermedades». Entonces se fueron de nuevo. Kuncha-vitauéya cogió su corneta azul y se fue tocando. Por fin los padres llegaron con Sintána a donde estaba la madre. La saludaron. «¿A dónde está mi hijo?», preguntaba la Madre. «Aquí está», dijeron. Sintána dijo: «Madre, tuve mucho miedo. Casi me cogieron y casi me perdí». Entonces dijo la madre: «No te afanes, mi hijo. Siempre te voy a salvar. Nunca tengas miedo». Los demás estaban parados con los brazos cruzados y oyeron todo. Entonces Sintána empezó a llorar. Fue la primera vez que la gente lloró.

Si preguntan dónde fue todo eso, dígales que fue debajo de este cielo. Si preguntaban por qué cantaron, dígales que fue para que nuestros hermanos tuvieran buenas tierras. Si preguntan cómo fue todo eso, dígales que fue para que todos seamos hermanos y para que cada uno haga lo que le dé la gana.

Cuando nacieron así todos los padres del mundo, nació como última una mujer. Se llamaba Se-káiji.

Era la primera mujer del mundo. Ella se hacía la cosa y parió una hija que se llamaba Nabobá. Ella era una mala. Cuando había creciendo ella estuvo gorda y parió culebras y gusanos que se volvieron lagunas. Nabobá es la madre de las lagunas del páramo. Así Sintána sabía que ella era mala.

Entonces Sintána cogió unas piedras chiquitas (kaggaba-kuítsi) y cuando Nabobá estaba dormida puso las piedras en el ombligo de la mujer y con el palito de poporos se las hizo entrar en el cuerpo. Cundo Nabobá se despertó se sintió encinta. La barriga le dolió mucho. Se iba sobando la barriga por el dolor tan fuerte y pensó: «¿Qué he comido yo para estar así?». Después de siete meses la barriga le había crecido mucho. Después de nueve meses Sintána ya sabía que iba a parir pronto. Entonces Sintána fue donde estaba Nabobá y le quitó el sentido y la dejó privada. Así parió una niña. Sintána cogió la niña y la puso enseguida en un baúl chiquito de madera que enterró en el centro de la cansamaría. Cuando Nabobá se despertó buscó su niña. Con su lengua larga se iba lamiendo la cosa y pensaba: «¿Qué sería de mi niña?». Entonces le salió bósa y Nabobá la comió.

Desde entonces ya rindió. Sintána, con las piedritas, hizo que Nabobá pariera niñas y niñas, y así nacieron las primeras mujeres. La primera que nació se llamaba Haba Auitsáma. Cuando Auitsáma tuvo

por primera vez el mes, y cuando Kímaku ya recibió su poporo, Sintána hizo que ellos se casaran. Al mismo tiempo Auitsáma se casó también con Hátei Saldáuí, el quinto Máma Bueno y luego ella tuvo una hija que se llamaba Aldauitsáma. De este matrimonio de Kímaku y Auitsáma viene el Kurcha-Túxe.

Entonces, cuando los padres del mundo vivían así, nacieron los diez Mámas Buenos y los diez Mámas Malos. Cada uno nació junto con sus vasallos y así tenían grandes ejércitos y Napíta luchó contra Kuncha-vitauéya. Kurcáui contra Sáugelda. Hibíxa contra Djibúndjija. Kabéxa contra Kuishbángui Táshi. Saldáui contra Jalyintána. Shivoláta contra Jantána. Huldakáxe contra Kassaúgi. Matúna contra Sangaraména. Sachí contra Monsauí. Nurlíta contra Sekuishbúchi.

Así fue como se formó el mundo. Como nació Sintána; como consiguió la Tierra Negra y como nacieron los Buenos y los Malos Mámas. Pero no había comida todavía. Sólo había gente, hombres y mujeres. Entonces Nyíueldue tomó una mujer y un hombre y con ellos hizo comida. Tomó la mujer y de su anilla hizo la yuca, de su muslo el ñame, de sus brazos otra clase de ñame, de sus manos otra clase de yuca, de sus riñones la batata, de sus intestinos los frijoles, de su talón la papa, del dedo de su pie la malanga, de sus ojos el árbol totumo, de su saliva el

algodón, de su pelo la coca, de sus senos la totuma, de su cabeza el ñame de cabeza y de su vagina una fruta que ya no hay. Entonces tomó al hombre y de él hizo el maíz. De sus *tejáua* hizo el ñame de bejuco. Entonces cogió los corazones de ambos y de ellos hizo gente. Así Nyíueldue hizo la comida y todos comieron y sembraron las semillas.

Entonces, como todavía no había agua dulce en la tierra, la madre mandó bajar a Satuviá, hizo las lagunas en el páramo y de las lagunas hizo nacer ríos que bajaban al mar. Así había agua para beber. Entonces la madre mandó a Jalyintána para que se hiciera cargo del mar. Entonces la madre mandó a Kassaúgi a la tierra y Kassaúgi hizo todos los árboles.

Entonces vino Auitsáma, la Madre de las Culebras. Ella vivía en el monte y se iba a todas las lagunas y allá dejaba culebras que nacían de su cuerpo. Así nacieron dieciocho clases de culebras. Pero un Máma recogió las culebras y las puso en una olla grande y las puso en el fogón para matarlas. Todas murieron, pero cuatro culebras se fueron y de ellas vienen todas las culebras que hay. Por eso hay cuatro pares de las culebras: Aldauhuíku, Aldu-kúkui, Aldáui-kúkui y Shiváldo-kukui.

Wayúu

Al principio solo vivía Maleiwa (o Mareiwa), allí arriba muy lejos cerquita de Kaí (sol) y al lado de Kachi (luna); también vivía con ellos Juya (lluvia) y aquí abajo estaba Mma (tierra) muy sola.

El sol Kaí tenía una hija llamada Warattui (claridad) y la luna Kashi tenía otra hija llamada Pluushi (oscuridad), y las Shulliwala (estrellas) eran hijas de Pluushi.

Un día Juya empezó a caminar y se encontró a Mma. Juya se enamoró de la tierra Mma y con su alegre canto formó un Juka Pula Juka (rayo) que penetró a Mma y de ella brotó un Ama Kasutai (caballo blanco) que se convirtió en Ali Juna, quien fue el padre de todos los Ali Juna Blanco.

La tierra Mma quería más hijos y entonces Juya siguió cantando y muchos rayos cayeron y Mma parió a Wunu Lia (las plantas) que brotaban en su vientre y tenían muchas formas y tamaños, pero

todas eran quietas y no se movían. Mma seguía triste porque ella quería hijos que caminaran, se movieran, y fueran de un lugar a otro.

Maleiwa no quería ver triste a Mma por eso vino a Wotkasairu, aquí en la Alta Guajira y tomó pootchi (barro).

—Ustedes serán los Wayúu (los hombres), hablarán y caminarán por todas partes, esta tierra será suya.

Siguió haciendo figuras, pero a ellas les dijo:

—A ustedes no las dejo hablar, ustedes serán muruulu (los animales)

Los hizo de diferentes tamaños y formas, unos grandes y otros pequeños, unos con cuatro patas y otros con dos, a unos les dio brazos para volar, a otros los dejó aquí caminando. Maleiwa es el Julaulashi (jefe o autoridad superior). Les ordenó a los Wayúu que no podían pelearse, que tenían que vivir en paz y respetarse.

—No puedes matar a ningún Wayúu porque será vengado y pagará toda tu familia. No derrames sangre porque en ella está la vida, por eso cuando la derrames cóbrala. No cojas lo ajeno. No es tuyo. Si lo haces tendrán que pagar tres veces más el daño hecho.

Esas son las órdenes de Maleiwa y nosotros las respetaremos y las cumpliremos, todos lo han hecho, nuestros antepasados y nosotros ahora.

Así vivieron mucho tiempo los Wayúu, hasta que un día dejaron de cumplir las órdenes de Maleiwa, a él no le gustó y mandó a la lluvia Juya que los castigara. Juya no quería castigar a los Wayúu y se puso a llorar, lloró y lloró mucho durante muchos días, hasta que la tierra Mma se llenó y no quedó dónde vivir, pero un Wayúu que sí cumplía las leyes supo por un sueño lo que iba a pasar, entonces preparó una canoa de Ipa (piedra) y en ella metió animales, semillas de plantas, a sus mujeres e hijos y cerró bien, y el llanto de la lluvia Juya hizo que la canoa subiera.

Un día la lluvia Juya ya no quería más lágrimas y dejó de llorar. Entonces la tierra Mma se comió el dolor hasta que se secó y se quedó sin nada, no había plantas ni animales, ni gente ni nada.

Cuando el Wayúu sintió que la canoa Ipa ya no se movía, abrió y salió con su gente y sus animales y empezó a caminar, y como todo estaba blandito, al caminar dejaba su huella. La canoa Ipa era muy pesada y también dejú huellas que todavía se ven. Con el tiempo, esta se partió en dos pedazos: una parte quedó aquí en Aun Wapa y la otra allá al otro lado, separada por una montaña.

Huitotos

El padre Jutsiñamuy, aun sin que nada existiera, tocó una misteriosa figura imaginaria y, estando en trance, la retuvo con ayuda de un hilo de ensueño a través del hálito de su boca. Sin embargo, al examinar el fondo imaginario, no había nada. Palpando aquí y allá adhirió en el vacío la mágica sustancia pegajosa. Luego, aplanó repetidas veces con sus pies el fondo imaginario y se estableció en aquello que había soñado, que es el nombre del mundo de los hombres o anadiko, es decir, «el mundo debajo del cielo». Sobre este mundo el padre creó dos cielos y debajo dos inframundos.

En el primer cielo, uno azul y uno blanco. El cielo más importante de todos es el de Jutsiñamuy, el dios del cielo. El cielo luminoso, sobre el sol, es siempre claro. Cuando se mira al sol, este se ve como un cristal que la mirada puede traspasar.

El cielo más alto está habitado por Ziinamo y de él no sabemos nada más.

El primer inframundo, aquel de los antepasados, lleva el nombre del mundo de Okinuema. Debajo de este se encuentra la morada del Padre Creador, el mundo inferior, que se llama Juyarai o Igori y que está lleno de fuego. Mientras sacaba el agua de su boca, para que la vegetación surgiera, mantenía la existencia imaginaria en su poder y separaba de la tierra el cielo, es decir, el cielo azul y el blanco. Después de eso, Rafuema, estando al pie del cielo, es decir, en el inframundo, creó, tras una larga reflexión, esta narración para que nosotros la trajéramos arriba, sobre la tierra.

Entonces en la tierra surgieron todos los árboles y lianas, y el padre Jutsiñamuy creó el grillo, los animales de la selva, que son enumerados individualmente; en el aire, las aves, cuyos nombres nos son dados a conocer igualmente; y en el agua, el sapo pequeño y el grande. En un principio, todos, incluso nosotros, teníamos cola. La avispa se la cortó primero al sapo, luego a los hombres, y cuando la avispa se cansó de cortarla, los restantes se convirtieron en micos churucos, después de haber sido hombres.

Muy pronto los hombres empezaron a manejarse mal y los destruyó con una gran inundación de agua caliente. Todo lo que hasta entonces era conocido desapareció y los hombres murieron ahogados. Solamente se salvó Buynaima, quien se dio a la tarea

de recorrer por todas partes en busca de otra persona con la que intercambiar ideas y conocimientos. Todo era en vano, los días pasaban sin cesar y la tristeza tomó asiento en su corazón.

Buynaima se preguntaba dónde estaba la gente que antes vivió en la tierra. «¿Con quién puedo hablar? ¿A quién puedo preguntar algo?». Estas eran las exclamaciones que al caer las tardes resonaban por doquier, y he aquí que en una de ellas, cuando más triste se encontraba, llegó hasta sus oídos el eco de una canción. Buynaima, que estaba recostado sobre la hierba, se levantó de un solo salto, aguzó sus oídos y, brincando pleno de alegría, gritó:

—¿Quién eres?, ¿dónde te encuentras?, ¿cómo te llamas?, ¿por qué cantas tan alegre?

Y el viento llevó el eco de su voz a otro lugar lejano desde donde recibió la siguiente contestación:

—Soy la mujer que alcanzó a salvarse de la inundación; estoy al otro lado de donde tú te encuentras y canto para no estar triste y ver si así puedo llamar la atención de quienes viven lejos.

—¿Por qué no vienes a mi lado para que seamos felices? –gritó Buynaima.

—¡Imposible! Las mujeres no buscamos a los hombres; si quieres ven al lugar donde me encuentro.

—Si voy, ¿me acompañarás siempre y me ayudarás a buscar a los demás?

—¿Cómo me tratarás?

—Soy un hombre pobre, pero trabajador; te daré de comer muchas frutas.

—Soy una mujer perezosa, pero sé cómo se puede manejar a un hombre; ven por mí.

Y después de varias horas se encontraron; lo primero que hizo el hombre fue construir la maloca y salir a buscar frutas para comer; sin embargo, ninguna encontró; mientras tanto la mujer lo alimentaba con cauana, un jugo hecho con almidón de yuca, que era un almidón sacado de su espalda sin que el esposo pudiera darse cuenta.

Una noche, Buynaima invocó la ayuda del padre eterno para encontrar a los suyos y Jutsiñamuy escuchó sus plegarias y le dijo:

—Tu gente está debajo de la tierra, en el inframundo; toma una vaina de achiote, sácale las semillas, empieza a llamar a los tuyos y en el lugar donde oigas salir su voz, pon una de esas semillas.

Buynaima lo hizo así al otro día y en un abrir y cerrar de ojos recorrió toda la tierra, y las semillas le alcanzaron para lograr su cometido. Por la noche contó a la mujer lo que había hecho y le dijo que no fuera a decir nada cuando empezara a venir la gente para que no se asustaran y se volvieran. Al caer la tarde del otro día empezaron a llegar, pero una voz que salía de la maloca los detuvo y huyeron

internándose de nuevo entre la tierra. Uno y otra se recriminaron el haber hablado, y uno y otra negaron haberlo hecho; Jana (la sombra mala) había sentido envidia y fue la que habló cuando llegaban.

Buynaima invocó de nuevo al padre Jutsiñamuy y este le dijo que utilizara semilla de tabaco e hiciera lo mismo que había hecho con la de achiote, y así lo hizo, Cuando hubo terminado se sentó frente a la mujer en la maloca y empezaron a vigilarse; pronto oyeron gritos y vieron cómo la gente salía del inframundo y llegaba hasta ellos, quienes los recibieron como a hijos perdidos. Pero la gente que llegaba estaba mojada y tenía frío; fue entonces cuando Buynaima vio en sueños el lugar donde estaba el fuego y al despertar envió a Fisido (el picaflor) para traerlo.

Cuando el picaflor regresó con el fuego, Buynaima reunió a su gente, la acercó al fuego que ya había sido arrojado al suelo por el picaflor y todos empezaron a calentarse; acto seguido Buynaima cogió ají y lo restregó en la boca de cada uno de los hombres, que empezaron primero a hablar y luego a cantar. Hicieron después una fiesta y al empezar todos comenzaron a vomitar. Entonces Buynaima se dio cuenta de que la mujer era una persona mala y que fue ella la que tenía así a los hombres por haberles dado a beber la cauana –hecha con el almidón sacado del lomo de unos sapos venenosos– y la expulsó

de la maloca. Por consejos de su espíritu, Buynaima conquistó a otra mujer y así pudieron celebrar otra vez la fiesta unos días después.

Con el tiempo, la segunda mujer quedó embarazada y un día salió a bañarse con Buynaima. Buynaima subió quebrada arriba hasta encontrar un charco y la mujer hizo lo mismo, pero quebrada abajo; mientras tanto, la primera esposa, que siempre vigilaba a la segunda esposa, vio la oportunidad de su venganza y cuando la otra se agachaba se abalanzó sobre ella y se la tragó. Tomó la figura de Buynaiño, que así se llamaba la segunda esposa, y corrió a encontrarse con Buynaima, que antes había sido su esposo.

Hicieron otra fiesta y los hombres volvieron a vomitar, y Buynaima comprendió que esta era otra vez su primera esposa. Entonces la invitó a que se fueran a bañar. Cuando la mujer se agachó, Buynaima le puso el pie encima y la hizo vomitar a su segunda mujer, que se convirtió inmediatamente en una tortuga charapa; mientras que la primera murió aplastada.

Buynaima volvió solo y triste a su maloca, invocó el espíritu de su amada y este le contó que no volvería donde él, pero que siempre estaría a su lado. Buynaima entonces se dedicó a enseñar el bien a todos los hombres y una tarde de verano, mientras estaba rodeado de la mayoría de su gente, desapareció y fue a vivir con el padre Jutsiñamuy.

Kuibas

Hace muchos años, en la tierra sólo vivían los animales. Entonces una tarde se sintió un ruido ensordecedor de truenos y se vio que un rayo salió veloz hacia el cielo y lo partió; de la herida brotó sangre, que fue absorbida por el hilo luminoso del rayo y su calor la secó; cuando la sangre quedó seca se convirtió en costra y al otro día cayó en pedazos sobre la selva.

Cada pedazo de costra era un poco de sangre del cielo que se había coagulado y al caer sobre la selva se rompía y se convertía en un hombre; como fueron muchos los pedazos de costra que cayeron, muchos fueron los hombres que aparecieron.

En un principio los hombres no supieron qué hacer. Se miraron extrañados pues nunca se habían visto, pero poco a poco se fueron relacionando y al llegar la tarde decidieron permanecer juntos en una cueva muy grande que había por ahí cerca. Cuando llegó el amanecer, los hombres salieron y contemplaron admirados el sol que todo lo iluminaba.

Caminaron por la selva. Sintieron cansancio y también hambre; entonces se sentaron y así calmaron el cansancio. Sin embargo, el hambre aumentaba y no sabían qué comer.

Recostados contra los troncos de los árboles, vieron que llegaba de nuevo la tarde; de pronto, uno de los hombres miró arriba, hacia las ramas, y observó cómo gran cantidad de pájaros comían de los frutos de los árboles. El hombre se puso de pie y gritó; sus compañeros lo miraron sorprendidos y cuando el hombre les mostró lo que hacían los pájaros, subieron enseguida al árbol y empezaron a coger los frutos y a comer ellos también. ¡Qué gran felicidad! Estaban comiendo mangos y el hambre empezaba a desaparecer.

Días después ya distinguían lo que les servía para comer y resolvieron nombrar su primer jefe: Boupé. Lo primero que este hizo fue repartir las tierras y cuidar que los demás las respetaran; después les enseñó a fabricar arcos y flechas para cazar animales, poner las carnes de los animales cazados sobre el fuego y comerlas después, cultivar las tierras, bañarse en las aguas, vivir en comunidad. Entonces Daimú, la diosa del sueño, con sus dedos invisibles les bajó los párpados la segunda noche de la vida en la tierra y les enseñó a dormir para descansar.

Este es el origen del hombre y su organización en la tierra.

Emberá

Los dioses Karagabi y Tutruika tuvieron una vez una disputa para saber quién de los dos era el más poderoso. Después de varias pruebas, decidieron competir creando al Hombre. Después de muchos intentos fallidos, el dios Tutruika creó al Hombre tal como es hoy en día. Tutruika es en la actualidad el señor de uno de los mundos inferiores, llamado Armukura, donde viven gentes sin ano. Armukura es el mundo más inferior de todos los cinco mundos que forman el universo. En el mundo superior, denominado Bajiá (cielo), se encuentra Karagabi. Según lo que se ha contado, los hombres y las mujeres tenían comunicación permanente con el mundo de Karagabi por medio de una escalera de cristal. Sin embargo, ante una grave falta cometida por los hombres, Karagabi rompió la escalera, quedando en su lugar una gran piedra con inscripciones.

Karagabi dio origen a las aguas después de derrumbar un árbol Jejené. La tierra se inundó y la gente se libró de las inundaciones subiendo a los cerros de Torra (Alto San Juan) y de Mojarra (Alto Atrato).

Según se cuenta, los Waunaan (ellos) y los Emberá fueron creados de la misma manera, y vivieron juntos en el río San Juan hasta que los Emberá se fueron de allí por su maldad. Los Emberá son los Eyabidá (la gente de la montaña, habitantes de los departamentos de Antioquia, Risaralda, Caldas y Valle), los Dobidá (las gentes de los ríos, del departamento del Chocó) y los Pusabidá (las gentes del mar, habitantes de los ríos afluentes del Pacífico hacia el sur del puerto de Buenaventura).

También se cuenta que los Emberá (los Cuna) fueron creados por la primera mujer, quien fue instruida por el padre Karagabi para hacer a los humanos a partir de una gota de agua. Sin embargo, esta primera mujer esparció la gota de agua en forma de llovizna y de ella salieron una multitud de Cunas que aprendieron muy bien a manejar el arco y las flechas y vivían en tambos muy hermosos. Los Emberá tuvieron guerra contra los Jurá (los Tules), quienes fueron castigados por el dios Karagabi debido a la traición de vivir en el río Atrato. Entonces los Jurá tuvieron que salir del río Atrato hacia el Pacífico y después a Panamá.

Ticunas

El dios Yuche vivía desde la eternidad en el mundo, en compañía de las perdices, los paujiles, los monos y los grillos; había visto cómo envejecía la Tierra. A través de ellos se daba cuenta de que el mundo vivía y que la vida era tiempo y que el tiempo también era muerte. En la Tierra no existía un lugar más bello que allí donde vivía el dios Yuche; una choza en un claro de la selva, muy cerca de un río rodeado de playas de arena fina. En este lugar todo era tibio; ni el calor ni la lluvia entorpecían la belleza de aquel lugar. Se dice que ningún hombre ha visto este lugar, pero los Ticunas esperan ir allí algún día.

Un día Yuche fue a bañarse al río, como de costumbre. Llegó a la orilla y se metió en el agua hasta quedar completamente sumergido. Al lavarse la cara, se inclinó hacia adelante y se observó en el espejo del agua. Descubrió por primera vez que había envejecido.

Al ver que había envejecido se sintió profundamente triste. «¡Ya estoy muy viejo y solo! Ay, si me muero la tierra quedará todavía más sola», dijo.

Apesadumbrado, emprendió lentamente el camino de regreso a su casa. El susurro de la selva y el canto de los pájaros lo llenaron de una inmensa melancolía. Mientras avanzaba por el camino, sintió de pronto un dolor en la rodilla, como si le hubiera picado un animal sin darse cuenta. Entonces pensó que pudo haber sido una avispa. Poco a poco empezó a sentir que lo invadía un pesado sopor. «Es raro como me siento», dijo. «Me acostaré cuando llegue».

Siguió caminando con dificultad y cuando entró a la choza se acostó y se quedó dormido. Tuvo un sueño: soñó que entre más soñaba más envejecía y más débil se ponía, y que de su cuerpo moribundo se engendraban nuevos seres. Despertó muy tarde al día siguiente. Intentó levantarse, pero el dolor no lo dejaba moverse. Entonces se miró la rodilla y descubrió que la tenía hinchada y transparente. Le pareció ver que algo se movía en el interior de su rodilla. Acercó más los ojos y vio, con sorpresa, que en el fondo había dos seres diminutos que trabajaban y se puso a observarlos. Las criaturas eran un hombre y una mujer, el hombre templaba un arco y la mujer tejía un chinchorro. Entonces el dios Yuche les preguntó: «¿Quiénes son ustedes?, ¿cómo llegaron aquí?».

El hombre y la mujer levantaron la cabeza, miraron a Yuche, pero no dijeron nada y siguieron con sus labores. El dios Yuche, al ver que no le contestaban, hizo todo el esfuerzo para levantarse, pero cuando intentó ponerse de pie cayó en tierra. En el instante que se golpeó la rodilla contra el suelo salieron de adentro los dos pequeños seres, que enseguida empezaron a crecer, al tiempo que empezaba a morir el dios Yuche. Cuando el hombre y la mujer se convirtieron en adultos, Yuche murió. Los primeros Ticunas se quedaron un tiempo en aquel lugar y tuvieron muchos hijos. Más tarde, se fueron, porque querían conocer más tierras y desaparecieron.

Nukak makú

Idn Kamni creó el mundo con saliva y tierra. Hizo el mundo antes de que fuera quemado por las llamas que vinieron desde abajo, del Río Venado. La primera gente vino al mundo en una canoa culebra que dejó sus huevos en los rápidos del Río de La Leche, viniendo por el Río Venado, donde fluyen todos los ríos de este mundo. Idn Kamni obtuvo la noche, el sol estaba detenido y al tumbar el árbol de Ye se formó el río. Los jaguares devoraron al pueblo de Idn Kamni y este los vengó dándoles muerte con el rayo. Luego Idn Kamni formó goma del árbol balata y, soplando con humo, hizo una mujer culebra que quería como esposa y con ella tuvo un hijo; de su vientre de dientes de piraña se crearon todas las alimañas de este mundo.

Idn Kamni buscó otra mujer, pero esta otra mujer Agutí se fue a la casa de los buitres a quienes Idn Kamni tuvo que ahogar; después de la búsqueda de miel tuvo que matar a su mujer. Entonces Idn Kamni hizo un baile y se fue al cielo.

Amazonas

En un principio había en la tierra dos personas: una hacía cosas buenas y se llamaba Tupana, hacía el bien. El otro personaje era Yuruparí, amigo del juego, las borracheras y los bailes. Yuruparí era amigo de mucha gente; lo contrario a Tupana, que tenía pocos seguidores.

Un día Tupana resolvió matar a Yuruparí para no tener más dificultades y enemistades con él. Hizo una hoguera grande y allí quemó a Yuruparí; una vez hecho cenizas, vinieron sus amigos y con gran tristeza quedaron silenciosos.

Pasaron muchos días. De las cenizas retoñó una palma llamada Pachuba, que se convirtió en una mujer muy bonita. Vinieron mujeres al lugar y al mirar la palma tan hermosa llamaron a los hombres para acordar con ellos que la tumbaran y fabricaran un instrumento que imitara la voz de Yuruparí.

Este era el recuerdo viviente de Yuruparí.

Tres pedazos de la palma fueron suficientes para fabricar el instrumento que imitó perfectamente la voz de Yuruparí. Desde entonces las mujeres fueron las poseedoras del gran Yuruparí. Lo tocaban en las mañanas cuando iban al baño.

Las mujeres tenían la tarea de traer pepas del monte para que los hombres hicieran los oficios domésticos. Con el correr del tiempo, los hombres se aburrieron de ser ellos los llamados a hacer los quehaceres del hogar.

Además, Yuruparí era hombre y las mujeres no deberían estar con él.

Fue suficiente que los hombres se reunieran en una sola ocasión para decidir unánimemente ir a la mañana siguiente a donde las mujeres acostumbraban tomar el baño en el río con el fin de quitarles el Yuruparí. Todos los hombres, armados con bejucos, fueron al lugar donde se encontraban las mujeres bañándose. Las azotaron y las obligaron a entregar el Yuruparí.

Encontraron una mata de yuca y entonces hicieron chicha, tal como la hacía Yuruparí; desde entonces, los hombres decidieron que las mujeres no podían ver a Yuruparí. Descubrieron que la chicha era preparada con caldo de una planta de maní, llamada manicuera, y que esta manicuera era la misma sangre de Yuruparí. La chicha es sangre de Yuruparí

porque este se convirtió en yuca al ser quemado por Tupana. Por eso el hombre domina en la casa y la mujer trabaja en la casa y en la chagra.

Los hombres acordaron que las mujeres no pueden ver a Yuruparí.

Muiscas o chibchas

Tradición de Bogotá

Cuando era noche, antes que hubiera nada en este mundo, estaba la luz metida en una cosa grande, llamado dios Chiminigagua, de donde después salió. Chiminigagua, el ser donde estaba metida esta luz, comenzó a mostrar la luz que tenía dentro y empezó a crear cosas en aquella primera luz. Las primeras cosas que creó fueron unas aves negras grandes a las que mandó, cuando las creó, a que fueran por todo el mundo echando aliento o aire por los picos, que era un aire iluminado y resplandeciente, y así quedó todo el mundo claro e iluminado como ahora está. Chiminigagua es el señor universal de todas las cosas y siempre es bueno. Chiminigagua creó también todo lo demás que hay en este mundo, y quedó lleno y hermoso; pero como entre todas las criaturas que veían la más hermosa era el sol, decían que se debía

adorar, y también a la luna como a su mujer y compañera. Pero como faltaban todavía los hombres en la tierra se hizo de la siguiente manera:

En el lugar de Iguaque, entre sierras y cumbres, fueron creadas las otras cosas que faltaban. De allí salió Bachué, quien llevaba de la mano a un niño que sacó de las mismas aguas, que tenía tres años de edad. Bajaron juntos de las sierras al llano, donde está el pueblo de Iguaque. Allí construyeron una casa donde vivieron hasta que el muchacho tuvo la edad para casarse con ella. Cuando el muchacho creció, celebraron un matrimonio muy importante y Bachué en cada parto daba a luz entre cuatro y seis hijos, de tal forma que toda la tierra se llenó de gente, pues también los dos andaban por muchas partes, dejando hijos en todos los lugares. Entonces, después de muchos años, estando la tierra llena de hombres y los dos ya muy viejos, regresaron al mismo pueblo y allí llamaron a mucha gente para que los acompañara a la laguna de Iguaque donde habían nacido. Allí Bachué les ordenó a todos vivir en paz y que se respetaran entre sí, que cumplieran con todas las leyes que les había dado, en especial la que tenía que ver con el culto de los dioses. Cuando terminó de hablar, Bachué se despidió con clamores y llantos de ellos y de los hombres; Bachué y su esposo se transformaron en dos inmensas culebras, se metieron por las

aguas de la laguna y nunca más volvieron a aparecer. Sin embargo, Bachué apareció muchas veces después en otras partes, pues desde ese día los indios la contaban entre sus dioses como tributo por todos los beneficios que Bachué les había hecho.

Tradición de Tunja

Cuando amaneció y había cielo y tierra, y no existía el sol ni la luna, y todo no era más que una oscuridad, sólo existían el cacique de Sogamoso y el de Ramiriquí o Tunja. Estos dos caciques, dicen, crearon a todas las personas. Crearon a los hombres de tierra amarilla y a las mujeres de una yerba alta que tiene un tronco hueco. Estaban todavía las tierras en tinieblas y para darles luz el cacique Sogamoso ordenó a Ramiriquí, que era su sobrino, que se subiese al cielo y alumbrase al mundo con el sol. Así mismo lo hizo Ramiriquí. Pero el cacique Sogamoso, viendo que el sol no era bastante para alumbrar la noche, él mismo subió al cielo y creó la luna, de tal forma que la noche quedó con claridad.

Según cuentan, todo sucedió durante el mes de diciembre y en recuerdo y memoria de este suceso los indios celebraban la fiesta que llamaban Huan, en la que estaban todos juntos alrededor de doce hombres vestidos todos de rojo con guirnaldas y chasines

que terminaban en una cruz y que tenían en la frente un pájaro pequeño.

Cuentan también que en el país de los Muiscas, hace mucho tiempo, todo estaba listo para un acontecimiento: la coronación del nuevo Zipa, gobernador y cacique. El escenario sagrado para este acontecimiento era la laguna de Guatavita, que mostraba su superficie cristalina como una gigantesca esmeralda engastada entre los hermosos cerros. Las laderas, con tupidos helechos, mostraban botones dorados de chisacá, chusques trenzados como arcos triunfales, sietecueros y fragantes moras; el diente de león lanzaba al viento sus diminutos paracaídas para perpetuar el milagro de su conservación, y los abutilones de colores rojos y amarillos sumaban al concierto de belleza natural, el diminuto y tornasolado colibrí, su comensal permanente.

Gran agitación reinaba en Bacatá, vivienda del Zipa; todos asistían a la coronación del nuevo Zipa en procesión hasta la laguna sagrada de Guatavita, portando relucientes joyas de oro, esmeraldas, vasijas y mantas artísticamente tejidas para ofrendar a Chibchacum, su dios supremo, a la diosa de las aguas, Badini, y a su nuevo soberano.

Las mujeres preparaban comida a base de mazorcas y del vino extraído del fermento del maíz, bebida con la que festejaban todos los acontecimientos

principales de su vida. Todo sería transportado en vasijas de diferentes formas y tamaños, elaboradas con paciencia y esmero por los alfareros de Ráquira, Tinjacá, y Tocancipá y también en cestos de palma tejida.

Por fin llegó el gran día. El joven heredero, acompañado de su séquito compuesto por sacerdotes, guerreros y nobles, encabezaba la procesión. Su cuerpo de hermosas proporciones se mostraba fuerte para la guerra; su piel color canela tenía una cierta palidez, resultado del riguroso ayuno que había realizado para purificar su cuerpo y su alma y así implorar a los dioses justicia, bondad y sabiduría para gobernar a su pueblo. Marchaban al son acompasado de los tambores, de los fotutos y de los caracoles. Lentamente, se iban alejando de los cerros y del cercado de los Zipas para aproximarse a la espléndida laguna de Guatavita. Allí, con alegres cantos, la muchedumbre se congregó para presenciar el espectáculo.

El sacerdote del lugar, ataviado con sobrio ropaje y plumas de colores, impuso silencio a la población con un enérgico movimiento de sus brazos extendidos. De piel cobriza y carnes magras por los prolongados ayunos, el sacerdote era temido y reverenciado por el pueblo; era el mediador entre los hombres y sus dioses, quien realizaba las ofrendas y rogativas y quien curaba los males del cuerpo con

sus rezos y la ayuda de plantas mágicas. El futuro Zipa fue despojado de las ropas y su cuerpo untado con trementina, sustancia pegajosa, para que se fijara el oro en polvo con que lo recubrían constantemente.

No se escuchaba un solo sonido; era tal la solemnidad del momento que sólo se oía el croar de las ranas, animales sagrados para ellos, los gorjeos de los pájaros y el veloz correr de los venados.

El ungido parecía una estatua de oro: su espléndido cuerpo, cuidadosamente cubierto con el noble metal, despedía reflejos al ser tocado por los rayos del sol. Cuando hubo terminado el recubrimiento, subió con los principales de la corte sobre una gran balsa oval, hecha íntegramente en oro por los orfebres de Guatavita.

La balsa se deslizó suavemente hacia el centro de la laguna. Fue allí cuando, después de invocar a la diosa de las aguas y a los dioses protectores, el heredero se zambulló en las profundidades; pasaron unos segundos en los que solamente se veían los círculos del agua donde se había hundido; todo el pueblo contuvo la respiración, el tiempo pareció detenerse; por fin, emergió triunfal y solemne el nuevo monarca; el baño ritual lo consagraba como cacique.

Gritos de júbilo y cantos acompañaron su aparición, y uno a uno los súbditos arrojaron sus ofrendas a la laguna: figuras de oro, pulseras, coronas,

collares, alfileres, pectorales, vasijas huecas con formas humanas, llenas de esmeraldas; cántaros y jarras de barro. El cacique, a su vez, junto con su séquito, realizó abundantes ofrecimientos de los mismos materiales, pero en mayor cantidad. La balsa retornó a la orilla en medio del clamor general.

Tenían ahora un nuevo cacique, quien debería gobernar según las sabias normas del legendario antecesor y legislador Nemequene, basadas en el amor y la destreza en el trabajo y las artesanías, en el valor y el honor durante la guerra; en la honradez, la justicia y la disciplina.

Se iniciaron competencias de juegos y carreras; el ganador era premiado con hermosas mantas. Se cantó y se bailó durante tres días seguidos, que eran los consagrados a la celebración. Los sones de los tambores y pitos retumbaban en las montañas y centenares de indígenas seguían el ritmo en danzas tranquilas y acompasadas, o frenéticas y alocadas.

Pasados los días de los festejos, de la bebida y de la comida abundante, retornó el pueblo a sus actividades cotidianas: los agricultores a continuar vigilando y cuidando sus labranzas; los artesanos del oro, a las labores de orfebrería; los alfareros, a la confección de ollas y vasijas, después de buscar el barro adecuado en vetas especiales; otros a la explotación de las minas de sal y de esmeraldas; y la mayoría al

comercio, pues era ésta su actividad principal. Las mujeres al cuidado de los hijos, a recoger la cosecha, a cocinar, a hilar y a tejer.

Así, en este orden y placidez transcurrirían los días, hasta que una guerra, una enfermedad o la vejez, los privara de su monarca y fuera necesario realizar de nuevo la ceremonia de El Dorado para ungir un nuevo cacique. Este debería continuar gobernando con prudencia y sabiduría al pueblo y su fértil y verde país, rodeado de hermosa vegetación y de cristalinas corrientes de agua.

U'wa

Al principio, el universo estaba conformado por dos esferas: un mundo de arriba –de luz cálida y seca–, y un mundo de abajo –de oscuridad húmeda y vacío–. Vino después el movimiento y los mundos de abajo y de arriba se mezclaron, y como resultado de esta mezcla surgió el mundo intermedio. El mundo de arriba es Blanco, el mundo de abajo es Rojo, de la mezcla se formaron el mundo Azul y el Amarillo. Los mundos de arriba y de abajo son indestructibles, pero, por el contrario, el mundo intermedio sólo puede existir si se mantienen esos dos mundos originales.

Los hombres habitan en el mundo intermedio, y allí la vida fue creada a partir de materiales que pertenecen a los dioses de los mundos de arriba y de abajo. Estos materiales están almacenados en distintas esferas, y son por lo general lagos de colores. Todo lo que existe en el mundo pasó a través de estas

esferas durante el momento de su creación y en ese paso tomó todas sus propiedades.

El mundo de arriba, Blanco, es el lugar donde habita el agua pura y en el mundo terrenal se representa con las montañas cubiertas de nieve. Al interior del mundo Amarillo se encuentran las propiedades de las enfermedades y de las plantas medicinales. El Rojo es el mundo de la fertilidad y de la sangre menstrual.

El barro, que es la materia de la que están hechos todos estos elementos, lo guardan los dioses en las distintas esferas. Los dioses shamánicos viajeros robaron, por medio de engaños, el barro que se encontraba en estas esferas y lo llevaron al mundo intermedio, al mundo de los hombres.

Por lo tanto, todos los seres y las cosas del mundo intermedio terrenal poseen todo lo esencial para la vida, de las mismas fuentes y por procedimientos similares. Todos los seres están compuestos por una misma materia. Así, no existen diferencias entre los seres vivos que habitan en el mundo intermedio. Toda la naturaleza, todos los seres del mundo intermedio, incluyendo al hombre, reciben estos regalos de los dioses.

Rukwa, el Sol, estuvo pensando. Debía mandar el calor del sol y el agua de los lagos del mundo de arriba al mundo intermedio para que allí las semillas

crecieran. Lo que descubrió Rukwa era que a pesar de que todo ya había sido creado, el mundo todavía no había sido puesto en movimiento. Con el propósito de lograrlo, mezcló el calor del sol con el agua de los lagos y puso entonces en movimiento el proceso de la vida y de la muerte, en el mundo intermedio.

El origen de las frutas

Putumayo

En los primeros años, después de la creación del mundo y pasada la desaparición de Comulla Buinayma, vinieron las gentes y se multiplicaron. En ese tiempo vivía una familia sana, sin ninguna clase de corrupciones. Él se llamaba Monalla Jurama, era el cacique de esa numerosa familia.

El cacique tenía una hija llamada Monalla Tirisa. Era muy bonita y trabajadora como nadie, por lo que todos los jóvenes la codiciaban y vivían enamorados de ella; pero cuando estos pretendientes le pedían que se casara con alguno de ellos, la joven los despreciaba a todos. Nadie sabía por qué ella era así; ni el propio cacique, su papá, sabía el secreto de ella.

Ella estaba enamorada de un joven muy bonito que se llamaba Cullo Buinayma. Nadie sabía por qué él no vivía en medio de la gente. Era un ser divino,

con el oficio de traer al mundo cosas buenas; además era el dueño de las frutas. Por esta razón la muchacha le aceptó la propuesta de casamiento.

El novio no venía a visitarla a ella como un ser humano. Él venía todas las noches en forma de una lombriz, como su nombre lo dice. Dios lo dispuso así. Así vivió varios meses, hasta que se encontró en cinta.

Ella no salía sola. No se retiraba del lado de la mamá, iban juntas a todas partes. Cuando se dieron cuenta ya estaba embarazada y entonces todo el mundo comenzó a burlarse y hablar mal de ella. Uno decía:

—Si hubiera vivido conmigo, no habría pasado así.

Todos hablaban, todos criticaban, pero nadie sabía de quién era el muchacho, nadie sabía quién la había preñado.

Entonces un día, el cacique Jurama llamó y reunió a todos los jóvenes para preguntar y saber quién podría ser el padre. Pero esto no dio ningún resultado y la muchacha tampoco dijo quién era el padre. Jurama y todos quedaron derrotados sin conseguir nada. Jurama quedó avergonzado y esperó al final para que alguien lo sacara de dudas.

Hasta que una mañana, entre oscuro y claro, la madre de Monalla Tirisa le dijo que fuera a traer agua con un colador. La muchacha, muy obediente,

se fue en busca del agua, mientras la mamá quedó barriendo el fogón.

La mamá iba barriendo bien, levantando todas las cosas que se encontraban en el suelo, buscando algo que le sacara de dudas de las habladurías. Pasó por debajo de la hamaca de su hija, se acercó al pie del fogón y levantó el asiento donde siempre se sentaba su hija. Cuando levantó el asiento se asustó, pues encontró debajo una lombriz muy fea.

Retrocedió y fue a calentar un poco de agua, mientras su hija intentaba recoger el agua, pues le quedaba difícil llegar a la casa con el colador lleno.

Cuando el agua hirvió, la mamá la derramó despacio sobre la lombriz, quemándola, pero la lombriz no se murió, sino que se fue hasta el centro de la tierra. La mamá quedó muy contenta al ver que la lombriz desapareció dentro de la tierra, sin saber que esa lombriz era el esposo de su hija y que era un ser grande y poderoso; un ser sin el que nada existiría en la tierra.

Cuando terminó con este hecho terrible contra el mundo, la mamá llamó a su hija y le dio una vasija para que trajera el agua.

Cuando regresó con el agua, la muchacha estaba muy recelosa de que algo había ocurrido y se dirigió directamente al asiento donde siempre se acomodaba y no encontró nada y se puso muy triste.

Cuando su mamá vio que estaba triste por la desaparición del hombre, la regañó y la trató mal. Entonces su hija le dijo:

—Estuvo muy mal quemar a ese hombre, porque él es el dueño de esta tierra, el dueño de todas las frutas, él pensaba traer abundancia de comidas a esta tierra, pero ustedes son muy desagradecidos.

Después de decir estas palabras, la muchacha se quedó dormida en el chinchorro. En sus sueños, el dios le reveló su nombre así:

—Yo me llamo Cullo Buinayma. Pensaba traer frutas a este mundo, pero tu mamá me hizo esta cosa, quemándome. Ahora en adelante no habrá comida, todo el mundo sufrirá el hambre. En cuanto a ti y a quien tienes en la barriga, les daré una contraseña para que sepan lo que va a nacer. Tú serás la única que no padecerá hambre, pues yo te estaré alimentando. Mañana muy tempranito te irás a la quebrada y observarás: si la quebrada espumea en la parte de abajo es mujer; entonces cogerás espuma y, trayéndola a la casa a escondidas de todos tus familiares, harás llomenico (arepa de yuca). Si la espuma está en la parte de arriba, es hombre; entonces cogerás espuma y harás fuare (tamal de yuca), sin que tus padres se den cuenta. Aunque sea tu papá o tu mamá el que se esté muriendo de hambre, no le darás nada, por nada de la vida.

Al día siguiente Monalla Tirisa, como de costumbre, se fue a la quebrada: miró abajo y nada. Arriba miró y vio la espuma. Entonces Monalla Tirisa se puso contenta. Entonces cogió la espuma, la llevó a la casa y se puso a hacer fuare. Fue entonces en ese momento cuando todo el mundo comenzó a padecer de hambre. Tenían que sacar una bola grande que hay en la tierra que se llama Juki, que fue la primera yuca que trajo la primera mujer y que se quedó en el monte convertida en la raíz del bejuco. Tuvieron que comer soñeki, una pepa que sólo los animales comen, cogollos de palma y por último comían tierra asada.

Hasta el mismo cacique sufría, mientras que Monalla Tirisa vivía tranquila, comiendo fuare sin que nadie lo supiera. Todos padecían, nadie comía buena cosa y a pesar de que trabajaban no tenían nada para comer.

Entonces Monalla Tirisa decía:

—¿Quién tiene la culpa? La mujer de Jurama por quemarlo creyendo que no era más que una lombriz. Ella fue la que hizo semejante perjuicio.

Entonces un día Jurama, que se encontraba muy triste, aburrido y agonizante de hambre, estaba en la puerta de la maloca y vio de pronto una hormiga jalando una vena de yuca. Jurama la cogió y olió y se dio cuenta de que era yuca. Entonces

comenzó a buscar por toda la casa y encontró yuca en las canasticas de la hija. Fue a donde la hija y le preguntó:

—¿De dónde sacas yuca y comes sola? ¿Por qué no nos das a nosotros? Ya vamos a morir todos de hambre. Eres mala.

Y ella contestó:

—Más malos son ustedes y tienen la culpa de aguantar hambre. Yo quería al hombre que iba a traer cosas buenas y ustedes lo quemaron, por eso él se llevó todas las frutas.

Monalla Tirisa iba todas las mañanas a la quebrada a recoger la espuma y preparaba comida para ella. Esta espuma era pura yuca. Después de varios días, salió un palo de la espuma que estaba en la quebrada. El palo floreció y empezó a dar frutas de muchas clases. Ese palo se llamó Monilla Amena, que significa Palo-de-la-Abundancia.

Al final, Monalla Tirisa se compadeció de su papá y le dio de comer. Gracias a esto su papá y su mamá revivieron. Además, ahora todas las mañanas traía una yuca pequeñita y la hacía madurar al pie del fogón. Al otro día al amanecer encontraban bastante yuca, como una cosa de milagros.

La mamá no sabía de dónde era que sacaba la yuca y cuando le preguntaba a Monalla Tirisa su hija no le decía nada.

Ya contento, Jurama se burlaba de los demás, porque todos seguían comiendo tierra asada y seguían sufriendo de hambre.

Entonces resulta que una tarde Jurama comenzó a cantar así:

—Los que viven al otro lado mío, siguen comiendo cogollo de árboles.

Los otros, al oír que se burlaban de ellos, dijeron:

—¿Por qué será que Jurama está tan contento? ¿Será que él está comiendo? Mañana lo visitaremos.

Al otro día unos madrugaron a la cacería, otros a pescar, y por la tarde todos fueron a visitar a Jurama. Este en pago por la cacería de cada uno, les dio casabe, yuca y masa de yuca.

Sin embargo, Jurama sabía de dónde sacaba yuca Monalla Tirisa, pues la muchacha todas las mañanas traía una yuquita.

Ya todo el mundo comía de nuevo, ya nadie aguantaba hambre, nadie se moría, volvieron a aumentar las gentes.

Pero, al pasar el tiempo, el palo iba creciendo y creciendo hasta quedar muy alto y no se podía sacar nada más.

Entonces, como ahora Monalla Tirisa no podía sacar yuca, les tuvo que revelar a todos el secreto que antes nadie había podido descubrir.

Cuando todos los hombres fueron a mirar el palo y sacar yuca, encontraron al palo en medio del agua a donde nadie podía llegar. Buscaron la manera de obtener las frutas, pues era muy alto. Sólo un hombre pudo llegar arriba. Él se llamaba Iga.

Resulta que este hombre Iga era muy ladrón. Se subía a chupar las frutas sin permiso de Jurama. Nadie sabía quién era el que robaba las frutas. Entonces hicieron una cerca alrededor del árbol, con estacas afiladas, de manera que si el ladrón saltaba desde arriba, se clavaba con las estacas y se descubría así quién era.

El ladrón se subía al árbol de las frutas por un bejuco que colgaba desde arriba. Un día, Iga se subió por el bejuco ese para seguir robando la fruta. Jurama llegó y, como no sabía que alguien estaba arriba, cortó el bejuco; pero tan mala fue su suerte que el bejuco se balanceó y al volver al punto de partida golpeó en el ojo a Jurama.

Del golpe se le salió el ojo, que fue a parar en el oriente, convirtiéndose en una estrella de la mañana que se llama Monalla Okudo, tomando el mismo nombre de Jurama.

En ese instante quedó tuerto.

Fue el primer tuerto que hubo.

LIBRO AL VIENTO

10 AÑOS

Colección Universal

Es de color naranja y en ella se agrupan todos los textos que tienen valor universal, que tienen cabida dentro de la tradición literaria sin distinción de fronteras o épocas.

Colección Capital

Es de color morado y en ella se publican los textos que tengan como temática a Bogotá y sus alrededores.

Colección Inicial

Es de color verde limón y está destinada al público infantil y primeros lectores.

Colección Lateral

Es de color azul aguamarina y se trata de un espacio abierto a géneros no tradicionales como la novela gráfica, la caricatura, los epistolarios, la ilustración y otros géneros.



TÍTULOS DEL PROGRAMA

1 Antígona
Sófocles

2 El 9 de abril
(Fragmento de *Vivir para contarla*)
Gabriel García Márquez

3 Cuentos para siempre
Hermanos Grimm, Hans Christian Andersen, Charles Perrault, Oscar Wilde

4 Cuentos
Julio Cortázar

5 Bailes, fiestas y espectáculos en Bogotá
(Selección de Reminiscencias de Santafé y Bogotá)
José María Cordovez Moure

6 Cuentos de animales
Rudyard Kipling

7 El gato negro y otros cuentos
Edgar Allan Poe

8 El beso y otros cuentos
Anton Chéjov

9 El niño yuntero
Miguel Hernández

10 Cuentos de Navidad
Cristian Valencia, Antonio García, Lina María Pérez, Juan Manuel Roca, Héctor Abad Faciolince

11 El curioso impertinente, y un elogio a la lectura
Miguel de Cervantes

12 Cuentos en Bogotá
Antología de ganadores del concurso Cuento en Movimiento

13 Los cuentos
Rafael Pombo

14 La casa de Mapuhi y otros cuentos
Jack London

15 ¡Qué bonito baila el chulo!
Cantas del Valle de Tenza
Anónimo

16 El beso frío y otros cuentos bogotanos
Nicolás Suescún, Luis Fayad, Mauricio Reyes, Roberto Rubiano Vargas, Julio Paredes, Evelio José Rosero, Santiago Gamboa, Ricardo Silva Romero

17 Los vestidos del emperador y otros cuentos
Hans Chistian Andersen

18 Algunos sonetos
William Shakespeare

19 El ángel y otros cuentos
Tomás Carrasquilla

20 Iván el Imbécil
León Tolstoi

21 Fábulas e historias
León Tolstoi

22 La ventana abierta y otros cuentos sorprendentes
Saki, Kate Chopin, Henry James, Jack London, Mark Twain, Ambrose Bierce

23 Por qué leer y escribir
Francisco Cajiao, Silvia Castrillón, William Ospina, Ema Wolf, Graciela Montes, Aidan Chambers, Darío Jaramillo Agudelo

24 Simbad el Marino
(Relato de *Las mil y una noches*)

25 Los hijos del Sol
Eduardo Caballero Calderón

26 Radiografía del Divino Niño y otras crónicas sobre Bogotá
Antología de Roberto Rubiano Vargas

27 Dr. Jekyll y Mr. Hyde
Robert Louis Stevenson

28 Poemas colombianos
Antología

29 Tres historias
Guy de Maupassant

30 Escuela de mujeres
Molière

31 Cuentos para niños
Hermanos Grimm, Alexander Pushkin, Rudyard Kipling

32 Cuentos latinoamericanos i
Adolfo Bioy Casares, Carlos Fuentes, Juan Carlos Onetti

33 Palabras para un mundo mejor
José Saramago

34 Cuentos latinoamericanos ii
Gabriel García Márquez, Juan Rulfo, Rubem Fonseca

35 Bartleby
Herman Melville

36 Para niños y otros lectores
Alphonse Daudet, Wilhelm Hauff, León Tolstoi

37 Cuentos latinoamericanos iii
Julio Ramón Ribeyro, Alfredo Brice Echenique

38 Cuentos Latinoamericanos iv
José Donoso, Sergio Pitol, Guillermo Cabrera Infante

39 Poesía para niños
Selección de Beatriz Elena Robledo

40 El Libro de Marco Polo sobre las cosas maravillosas de Oriente

41 Cuentos latinoamericanos v
Mario Vargas Llosa, Felisberto Hernández, Salvador Garmendia

42 Tengo miedo
Ivar da Coll

43 Cuento de Navidad
Charles Dickens

44 Mitos de creación (2 ediciones)
Selección de Julio Paredes C.

45 De paso por Bogotá
Antología de textos de viajeros ilustres en Colombia durante el siglo xix

46 Misa de gallo y otros cuentos
Joaquim Maria Machado de Assis

47 Alicia para niños
Lewis Carrol

48 Juanito y los fríjoles mágicos
Cuento tradicional inglés

49 Cuentos para releer
Horacio Quiroga, Katherine Mansfried, Italo Svevo, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, José María Eça de Queirós

50 Cartas de la persistencia
Selección de María Ospina Pizano

51 Rizos de oro y los tres osos
Traducción de Julio Paredes

52 El corazón de las tinieblas
Joseph Conrad

53 Cuentos
Saki

54 Cinco relatos insólitos
H. P. Lovecraft

55 Peter y Wendy (Peter Pan)
James Matthew Barrie

56 La edad de oro
José Martí

57 La vida es sueño
Pedro Calderón de la barca

58 Poemas iluminados
Selección de poesía mística
San Juan de la Cruz, Sor Juana Inés, Santa Teresa de Jesús, Fray Luis de León

59 Por la sábana de Bogotá y otras historias
José Manuel Groot, Daniel Samper Ortega, Eduardo Castillo, Gabriel Vélez

60 Historias con misterio
Ueda Akinari, E.T.A Hoffman, Auguste Villiers de L'Isle-Adam, G.K. Chesterton

61 Cantos populares de mi tierra
Candelario Obeso

62 Una ciudad flotante
Julio Verne

63 La antorcha brillante. Biografía de Antonio Nariño
Eduardo Escallón

64 Viva la Pola
Biografía de Policarpa Salabarrieta
Beatriz Helena Robledo

65 Soy Caldas
Biografía de Francisco José de Caldas
Stefan Pohl Valero

66 Relatos en movimiento
Leoníd Andréyev, Manuel Gutiérrez Nájera, Arthur Conan Doyle, O. Henry, Baldomero Lillo

67 Historias de mujeres
Luisa Valenzuela, Margo Glants, Marina Colasanti, Gabriela Alemán, Marvel Moreno

68 El paraíso de los gatos
Émile Zola

69 Cartilla moral
Alfonso Reyes

70 Tierra de promisión
José Eustasio Rivera

71 Pütchi Biyá Uai. Precursores
Antología multilingüe de la literatura indígena contemporánea en Colombia i
Miguel Rocha Vivas

72 Pütchi Biyá Uai. Puntos aparte
Antología multilingüe de la literatura indígena contemporánea en Colombia ii
Miguel Rocha Vivas

73 Glosario para la Independencia
Palabras que nos cambiaron

74 La historia de Rasselas, príncipe de Abissinia
Sammuel Johnson

75 Anaconda y otros cuentos
Horacio Quiroga

76 El fútbol se lee
Darío Jaramillo Agudelo, Álvaro Perea Chacón, Mario Mendoza, Ricardo Silva Romero, Fernando Araújo Vélez, Guillermo Samperio, Daniel Samper Pizano, Óscar Collazos, Luisa Valenzuela, Laura Restrepo, Pablo R. Arango, Roberto Fontanarrosa

77 Escribir en Bogotá
Juan Gustavo Cobo Borda

78 El primer amor
Iván Turguéniev

79 Memorias palenqueras y raizales (2 ediciones)
Fragmentos traducidos de la lengua palenquera y el creole

80 Rufino José Cuervo
Una biografía léxica

81 Algunos espectros orientales
Lafcadio Hearn

82 Los oficios del parque. Crónicas
Mario Aguirre, Orlando Fénix, Gustavo Gómez Martínez, Lillyam González, Raúl Mazo, Larry Mejía, Catalina Oquendo, María Camila Peña Bernal, Nadia Ríos, Verónica Ochoa Sánchez, Umberto Pérez, John Jairo Zuluaga

83 Calidez aislada
Camilo Aguirre
Premio Beca Creación Novela Gráfica 2011

84 Ficções. Ficciones desde Brasil
Joaquim Maria Machado de Assis, Afonso Henriques de Lima Barreto, Graciliano Ramos, Clarice Lispector, Rubem Fonseca, Dalton Trevisan, Nélida Piñón, Marina Colasanti, Tabajara Ruas, Adriana Lunardi

85 Lazarillo de Tormes
Anónimo

86 ¿Sueñan los androides con alpacas eléctricas?
Antología de ciencia ficción contemporánea latinoamericana
Jorge Aristizábal Gáfaro, Jorge Enrique Lage, Bernardo Fernández, José Urriola, Pedro Mairal, Carlos Yushimito

87 Las aventuras de Pinocho.
Historia de una marioneta
Carlo Collodi
Traducción de Fredy Ordóñez

88 Recetario santafereño
Selección y prólogo
de Antonio García Ángel

89 Cartas de tres océanos 1499-1575
Edición y traducción de Isabel Soler e Ignacio Vásquez

90 Quillas, mástiles y velas
Textos portugueses sobre el mar

91 Once poetas brasileros
Selección y prólogo de Sergio Cohn
Traducción de John Galán Casanova

92 Recuerdos de Santafé
Soledad Acosta de Samper

93 Semblanzas poco ejemplares
José María Cordovez Moure

94 Fábulas de Samaniego
Félix María Samaniego

95 Cocorobé: cantos y arrullos del Pacífico colombiano
Selección y prólogo: Ana María Arango Melo

96 Cronistas de Indias en la Nueva Granada (1536-1731)
Gonzalo Jiménez de Quesada, Pedro Cieza de León, Fray Pedro Simón, Alexandre Olivier Exquemelin, Fray Alonso de Zamora, Joseph Gumilla

97 Bogotá contada
Carlos Yushimito del Valle, Gabriela Alemán, Rodrigo Blanco Calderón, Rodrigo Rey Rosa, Pilar Quintana, Bernardo Fernández «Bef», Adriana Lunardi, Sebastià Jovani, Jorge Enrique Lage, Miguel Ángel Manrique, Martín Kohan, Frank Báez, Alejandra Costamagna, Inés Bortagaray, Ricardo Silva Romero

98 Poesía satírica y burlesca
Francisco de Quevedo

99 Diez cuentos peruanos
Enrique Prochazka, Fernando Ampuero, Óscar Colchado, Santiago Roncagliolo, Giovanna Pollarolo, Iván Thays, Karina Pacheco, Diego Trelles Paz, Gustavo Rodríguez, Raúl Tola

100 Tres cuentos y una proclama
Gabriel García Márquez

101 Crónicas de Bogotá
Pedro María Ibáñez

102 De mis libros
Álvaro Mutis

103 Carmilla
Sheridan Le Fanu
Traducción de Joe Broderick

104 Caligramas
Guillaume Apollinaire
Traducción de Nicolás Rodríguez Galvis

105 Fábulas de La Fontaine
Jean de La Fontaine

106 Breviario de la paz

107 Tres cuentos de Macondo y un discurso
Gabriel García Márquez

108 Carta sobre los ciegos para uso de los que ven
Denis Diderot
Traducción de Nicolás Rodríguez Galvis

109 Bogotá contada 2.0
Alberto Barrera Tyszka, Diego Zúñiga, Élmer Mendoza, Gabriela Wiener, Juan Bonilla, Luis Fayad, Pablo Casacuberta, Rodrigo Hasbún, Wendy Guerra.

110 50 poemas de amor colombianos

111 El matadero
Esteban Echeverría

112 Bicicletario

113 El castillo de Otranto
Horacio Walpole

114 La gruta simbólica



ESTA SEGUNDA EDICIÓN DE *MITOS DE CREACIÓN* FUE EDITADA POR EL INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES - IDARTES PARA SU BIBLIOTECA LIBRO AL VIENTO, BAJO EL NÚMERO CUARENTA Y CUATRO, Y SE IMPRIMIÓ EN EL MES DE DICIEMBRE DEL AÑO 2015 EN BOGOTÁ.

Este
ejemplar de
Libro al Viento
es un bien público.
Después de leerlo
permita que circule
entre los demás
lectores.

Prohibida su venta

«Al *vivir* los mitos se sale del tiempo profano, cronológico, y se desemboca en un tiempo cualitativamente diferente, un tiempo *sagrado*, a la vez primordial e indefinidamente recuperable.»

MIRCEA ELIADE

Clásicos de siempre de la literatura

LIBRO AL VIENTO UNIVERSAL

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público.
Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

«Primero estaba el mar. El mar era la madre. Ella era agua y agua por todas partes La madre no era gente, ni nada, ni cosa alguna. Ella era Aluna. Ella era espíritu de lo que iba a venir y ella era pensamiento y memoria.»

MITO KOGI







